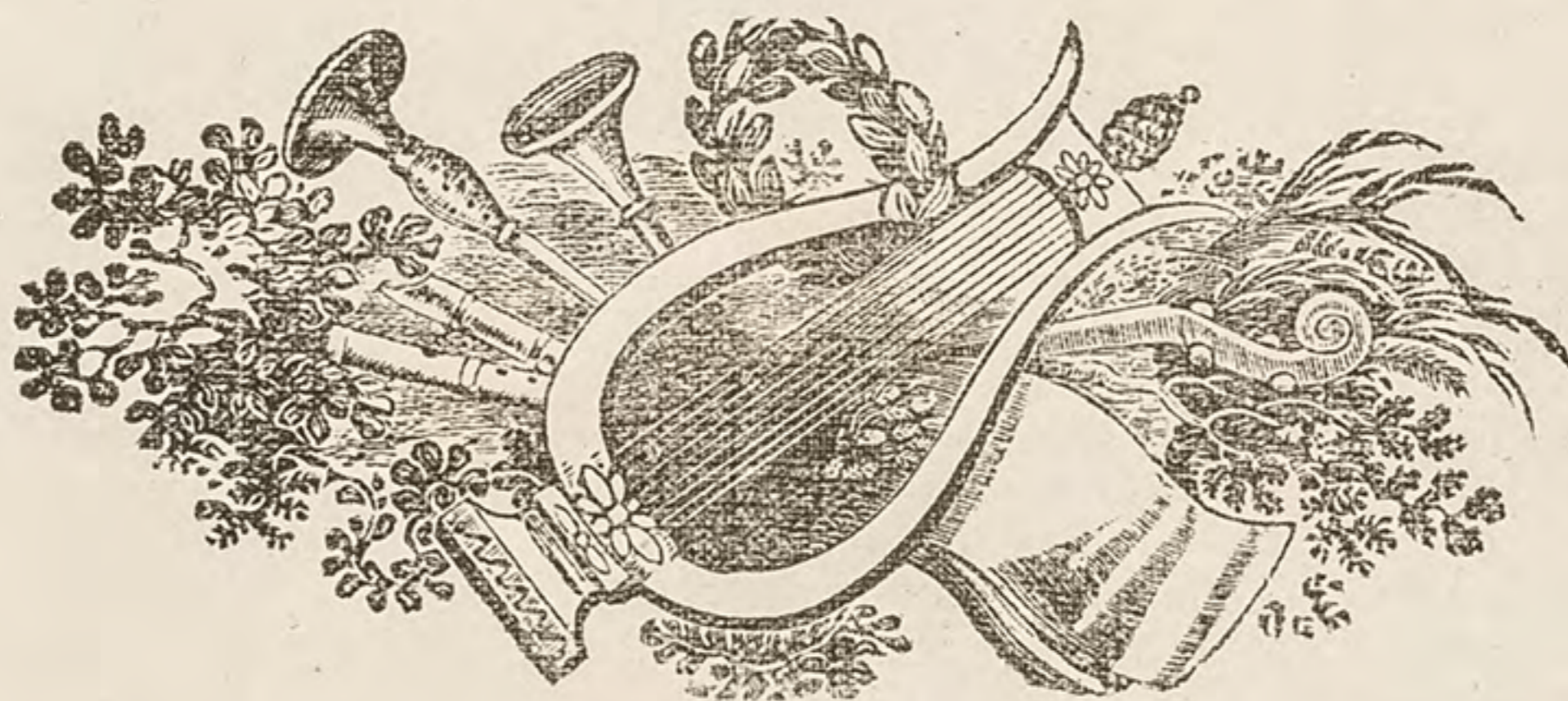


L A L B O R A D O R
 DE LAS FAMILIAS
 SEMANARIO



LITERATURA, ARTES, EDUCACION, TEATROS Y MODAS.

AÑO I.

Lima, Sábado 13 de Marzo de 1873.

Núm. 22.

SUMARIO.

Necesidad de una industria para la mujer, por la señora Mercedes Cabello de Carbonera.—A Florinda, poesía, por la señora Manuela Villarán de Placencia.—Carta canta, por Ricardo Palma.—Una tumba, poesía, por Abel de la E. Delgado.—Crítica literaria, por José Antonio Calcaño.—Un cuento para usted, por Ricardo Dávalos y Lisson.—Presentimiento, poesía de Adolfo Valdez.—La pulga, por Paulino Fuentes-Castro.—Clara, por E. L. Holberg.—Mosaico, por la señorita Adriana Buendía.—Charada.—Soluciones.

NECESIDAD DE UNA INDUSTRIA

PARA LA MUJER.

II.

AL continuar el mismo asunto de que tratamos en nuestra artículo anterior, nos impulsa solamente el deseo de examinar bajo todas sus facetas, esta importante cuestion, que la miramos como un motor poderoso del progreso y mas aun como una base de la moralidad y de la conveniencia social.

Para manifestar la posibilidad y las ventajas de proporcionar trabajo á la mujer, echarémos una lijera ojeada sobre los resultados obtenidos en los países en los que esta saludable reforma ha dejado sentir sus benéficos resultados.

Dirijamos nuestras miradas hácia los Estados Unidos, hácia esa tierra clásica de la libertad y del progreso, en la que un espí-

ritu práctico por excelencia, ha salvado la barrera, infranqueable para nosotros los americanos del Sur; barrera sostenida por las añejas preocupaciones, y por los errores arraigados de nuestros antepasados, que tanto han contribuido á embarazar la marcha peregriativa de nuestra civilizacion. Allí no solamente se procura ilustrar á la mujer iniciándola en el conocimiento de las ciencias que pueden formar de ella una buena madre de familia, sino que tambien se la protege, abriéndola las puertas de la industria y del trabajo, para que le sirvan de refugio contra las adversidades de la fortuna, y contra los contrastes de la vida; allí vemos el trabajo de la mujer como un elemento de riqueza y de prosperidad, rivalizando con el del hombre.

El profesorado en las escuelas primarias está en los Estados Unidos desempeñado en sus cuatro quintas partes por mujeres.

M. Rice, superintendente de Nueva York, hablando de la pericia y vocacion de la mujer para el profesorado, dice:—“La elevacion de sus sentimientos se comunica naturalmente á los alumnos que están en trato diario con ellas. Graciosas, dulces y puras, les comunican pureza, dulzura y gracia. La mujer, mucho mas perspicaz que el hombre, penetra mejor el corazon humano, sobre todo el corazon de los niños. Los mantienen sujetos al deber por medio del afecto sin necesidad de los reglamentos y de los sistemas de represion que emplean los profesores. En fin, podemos asegurar que los niños educados por profesoras idóneas salen de sus manos imbuidos de sentimientos incompatibles con una vida licenciosa; que su

corazon tiene que ser sensible, sus gustos delicados y su inteligencia viva y sutil. No me cabe duda de que con el tiempo se les ha de consagrar un recuerdo de gratitud por el inestimable provecho que de sus servicios han de reportar nuestras escuelas.”

En las oficinas de correos, en las de telegrafos y en la mayor parte de las imprentas, se dá la preferencia al trabajo de la mujer sobre el del hombre.

Las ventajas que resultarian en nuestro país, al implantar todas aquellas industrias que pudieran proporcionar trabajo á la mujer, no se limitarian solamente á hacer mas ó menos lucrativa, ó mas ó menos accesible tal ó cual empresa: sino que tambien seria un gran peso colocado en la balanza social, para igualar el desequilibrio que hay en ciertas clases de nuestra sociedad, en que las necesidades mas esenciales de la vida, y las numerosas é ineludibles que la civilizacion nos impone, están en completo desnivel con los escasos y limitados recursos con que pueden contar; resultando de aquí gran parte de nuestros males sociales.

Toda sociedad organizada bajo este sistema, carecerá siempre de una base sólida en que cimentar todos los principios que deben servir de base, para regir la moral pública, y en vano se trabajará para estirpar los vicios sociales, causa de nuestras largas y continuas desgracias, si no se logra cortar de raíz el germen que los produce.

Las necesidades, que son el resultado de nuestra vida social, son tan imperiosas como las que nos impone la naturaleza, pues-

to que no nos es posible evadir las necesidades creadas por la civilización, como no nos es posible vivir fuera del orden natural. Por consiguiente, toda sociedad que no guarda armonía, entre sus necesidades y sus recursos, no puede menos que vivir en el desorden más lamentable y desmoralizador.

De tal modo están enlazados entre sí los intereses que ligan á una sociedad, que no es posible que una clase formada por una gran porción, sea desgraciada luchando con la miseria, en medio de las más apremiantes necesidades de la vida; sin que su angustiosa y difícil situación, no produzca una reacción que trastorne la armonía y el bienestar social.

Las sociedades se civilizan y marchan por la senda del progreso, no solamente al impulso de una fuerza determinada, resultante de los adelantos hechos por la ciencia, y por cierto número de hombres de saber; si no más aun, por la unidad de impulso dado por todas las clases de la sociedad.

Los que han combatido la necesidad de que la mujer tenga en su trabajo un recurso, para poder subsistir, sea ejerciendo una profesión ó una industria; han partido casi siempre de un principio falso que nos atrevemos á refutar aquí.

Un literato español, contemporáneo ha dicho: "La cuestión que por de pronto se origina ofrece una notable desigualdad, porque si las mujeres tienden á transformarse en hombres, el día que lo consigan, los hombres se habrán quedado sin mujeres, y como no se trata de que el hombre varíe de condición, resultará que las mujeres tendrán hombres y los hombres no tendrán mujeres."

Bella teoría, que como todas las que no se inspiran en la elocuencia desgarradora de los hechos que se verifican diariamente en la sociedad, son como esos pequeños globos de jabón que á la vista nos alucinan con sus variados y brillantes colores, pero que se desvanecen al contacto de nuestra mano. Del mismo modo desaparecen esas teorías ante esta triste é incontestable verdad:—La mujer vive en el mundo lo mismo que el hombre, sujeta á todas las necesidades y contrastes de la vida; y toda vez que en la sociedad haya mujeres que no son hijas, ni esposas, ni madres, es decir, que se hallan solas en el mundo, sin más recursos que sus propias fuerzas; no podrán negarnos el derecho de decir muy alto: que toda regla que se funde en estos principios, no será más que una utopía sin aplicación posible en la práctica.

Pedir que la mujer tenga un recurso en su trabajo, no es eximir al hombre de la obligación que sobre él pesa de proteger y alimentar á la mujer. Tampoco creemos que ella debe estar como el hombre sujeta á la dura ley de trabajar para vivir. Si es esposa y madre, tiene en el hogar doméstico deberes muy sagrados que llenar los que le imponen largos desvelos y penosas fatigas.

No concluirémos sin agregar dos palabras. La historia de la esclavitud y el envilecimiento de la mujer, es la historia de la

barbarie y el embrutecimiento de los pueblos; así como la de su emancipación y completo desarrollo de sus facultades, será la historia de la civilización, y del desarrollo del progreso. Por consiguiente, todas las instituciones que tiendan á elevar á la mujer en el desempeño de su misión como madre de familia; lo mismo que las que tiendan á salvarla de la prostitución y el abandono; serán siempre un gran paso dado en la senda del progreso.

MERCEDES CABELLO DE CARBONERA.

A FLORINDA.

Si una letra le usurpara
Al alfabeto por tí,
Yo, *linda flor*, te llamara
Y satisfecha quedara,
Pues lo mereces, así.

Que entre *flor linda* y *Florinda*,
Hay tan poca diferencia,
Que no es cargo de conciencia
Tomar la *L*, si se brinda
A darme una complacencia.

Tienes la tez de azucena
Y las mejillas de rosa;
Es tu sonrisa graciosa
Y tu mirada serena,
De una atracción poderosa.

A tu frente alabastrina
Realza tu cabello de oro;
Tu voz melodiosa y fina
Y tu boca purpurina,
Son de ilusión un tesoro.

Por eso yo al conocerte,
Asegúrote en verdad,
Que principié por quererte:
Y ahora el hablarte y el verte
Me es una necesidad.

MANUELA VILLARÁN DE PLASENCIA.

CARTA CANTA.

ORIGEN TRADICIONAL DE ESTA FRASE.

HASTA mediados del siglo XVI vemos empleada por los más castizos prosadores castellanos esta frase:—*rezan cartas*, en la acepción de que tal ó cual hecho es referido en epístolas. Pero de repente las cartas no se conformaron con *rezar* sino que rompieron á *cantar*; y hoy mismo, para poner remate á una disputa, solemos echar mano al bolsillo, y sacar una misiva diciendo:—*Pues, señor, carta canta*.—Y leemos en público las verdades ó mentiras que ella contiene, y el campo queda por nosotros. Lo que es la gente ultra—criolla no hace rezar ni cantar á las cartas y se limita á decir:—*papelito habla*.

Leyendo anoche al jesuita Acosta, que, como ustedes saben escribió largo y menudo sobre los sucesos de la conquista, tropecé con una historieta y díjeme:—ya pareció aquello—ó lo que es lo mismo, aunque no lo diga el padre Acosta:—cata el origen de la frasecilla en cuestión, para la cual voy

á reclamar ante la Real Academia de la lengua los honores de peruanismo.

Y esto dicho, basta de circunloquio y vamos á lo principal.

Creo haber contado antes de ahora, y por si lo dejé en el tintero aquí lo estampo, que cuando los conquistadores se apoderaron del Perú no eran en él conocidos el trigo, el arroz, la cebada, la caña de azúcar, lechugas, rábanos, coles, espárragos, ajos, cebollas, yerba-buena, garbanzos, lentejas, habas, mostaza, aniz, alhucema, cominos, orégano, ajonjolí, ni otros productos de la tierra que sería largo enumerar. En cuanto al fríjol ó fréjol lo teníamos en casa, así como otras variadas producciones y frutas por las que los españoles se chupaban los dedos de gusto.

Algunas de las nuevas semillas dieron en el Perú más abundante y mejor fruto que en España; y con gran seriedad y aplomo cuentan varios muy respetables cronistas é historiadores, que en el valle de Azapa, jurisdicción de Arica, se produjo un rábano tan colosal que no alcanzaba un hombre á rodearlo con los brazos; y que Don García Hurtado de Mendoza, que por entonces no era aun virrey del Perú sino gobernador de Chile, se quedó extático y con un palmo de boca abierta mirando tal maravilla. Digo si el rabanito sería pigricia!

Era Don Antonio Solar, por los años de 1558, uno de los vecinos más acomodados de esta ciudad de los Reyes. Aunque no estuvo entre los compañeros de Pizarro en Cajamarca, llegó á tiempo para que, en la repartición de la conquista, le tocase una buena partija. Consistió ella en un espacioso lote para fabricar su casa en Lima, en veinte fanegadas de fértil terreno en el valle de Pachacamac, y en cincuenta *mitayos* ó indios para su servicio.

Don Antonio hizo, en Pachacamac, una valiosa hacienda; y para dar impulso al trabajo, mandó traer de España dos yuntas de bueyes, acto á que en aquellos tiempos daban los agricultores la misma importancia que en nuestros días á las maquinarias por vapor que hacen venir de Londres ó Nueva York.—Iban los indios (dice un cronista) á verlos arar, asombrados de una cosa para ellos tan monstruosa, y decían que los españoles, de haraganes, por no trabajar empleaban aquellos grandes animales.—

Junto con las yuntas llegaronle semillas ó plantas de melón y otras frutas de Castilla, no conocidas por los naturales del país, que tal hartazgo se darian con ellas cuando á no pocos les ocasionaron la muerte. Mas de un siglo después, bajo el gobierno del virrey duque de la Palata, se publicó un bando, que los curas leían á sus feligreses después de la misa dominical, prohibiendo á los indios comer pepinos, fruta llamada por sus fatales efectos *mata-serranos*.

Llegó la época de que el melonar de Pachacamac diese su primera cosecha, y aquí empieza nuestro cuento.

El mayordomo escogió diez de los melones mejores, acondicionólos en un par de cajones y los puso en hombros de dos indios *mitayos*, dándoles una carta para el patron.

Habian avanzado los conductores una legua de camino y sentáronse á descansar junto á una tapia. Como era natural, el perfume de la fruta despertó la curiosidad en los mitayos y se entabló en sus ánimos ruda batalla entre el apetito y el temor.

—Sabes, hermano—dijo al fin uno de ellos en su dialecto indijena—que he dado con la manera de que podamos comer sin que se descubra el caso? Escondamos la carta detras de la tapia, que no viéndonos ella comer no podrá denunciarnos.

La sencilla ignorancia de los indios atribuía á la escritura un prestigio diabólico y maravilloso. Creían no que las letras eran signos convencionales sino espíritus, que no solo funcionaban como mensajeros sino como atalayas ó espías.

La opinion debió parecer acertada al otro mitayo, pues sin decir palabra puso la carta tras de la tapia, colocando una piedra encima, y hecha esta operacion se echaron á devorar, que no á comer, la incitante y agradable fruta.

Cerca ya de Lima, el segundo mitayo se dió una palmada en la frente diciendo:

—Hermano, vamos errados. Conviene que igualemos las cargas; porque si tú llevas cuatro y yo cinco nacerá alguna sospecha en el amo.

—Bien discurrido,—contestó el otro mitayo.

Y nuevamente escondieron la carta tras otra tapia, para dar cuenta de un segundo melon.

Llegados á casa de Don Antonio pusieron en sus manos la carta, en la cual le anunciaba el mayordomo el envío de diez melones.

Don Antonio, que habia contraído compromiso con el arzobispo y otros personajes de obsequiarles los primeros melones de su cosecha, se dirigió muy contento á examinar la carga.

—¡Cómo se entiende, ladronzuelos!!!—esclamó bufando de cólera—El mayordomo me manda diez melones y aquí faltan dos.—y Don Antonio volvía á consultar la carta.

—Ocho no mas, *taitai*—contestaron temblando los mitayos.

—La carta dice que diez, y ustedes se han comido dos por el camino. . . ¡Ea! que les den una docena de palós á estos pícaros.

Y los pobres indios, despues de bien zurrados, se sentaron mohinos en un rincon del patio diciendo uno de ellos:

—¡Lo ves, hermano? Carta canta!

Aleazó á oirlo Don Antonio y les gritó:

—Si, bribonazos, y cuidado con otra que ya saben ustedes que carta canta.

Y Don Antonio refirió el caso á sus tertulios; y la frase se generalizó y pasó el mar; y la Real Academia de la lengua le dió un lugarcito en el Diccionario.

RICARDO PALMA.

Lima, Febrero 28 de 1875.

UNA TUMBA.

Á MI AMIGO FEDERICO DE LA VEGA.

Entre los desiertos muros
Del camposanto de Lima,
Hay una tumba en que nacen
Violetas y siemprevivas,

Que crecen bajo el amparo
Del cielo que las cultiva,
Con las delicadas perlas
Que amoroso les envía.

Sobre su lápida humilde
Grabada se vé una lira,
Y el melancólico sauce
Sus tristes ramas inclina.

Resuenan allí los écos
De misteriosa armonía,
Y de la lira enlutada
Las dulces notas aun vibran.

Las violetas se estremecen
Sobre sus tallos erguidas,
Y las auras de la tarde
De amor junto á ellas suspiran.

Allí la tórtola arrulla,
Cuando nace y muere el dia,
Y se escuchan los rumores
De la fuente cristalina.

Del jilguero enamorado,
Que canta en la selva umbría,
El acento se repite
Y el del ruiseñor que trina.

El claro sol resplandece,
La luna pálida brilla,
Y vagan las mariposas
En las alas de la brisa.

Y todo en aquella tumba
La paz del cielo respira,
Y revela los encantos
De la dulce poesía.

Sobre ella, con faz llorosa,
Vela un ángel de rodillas,
Del cantor del "*Dos de Mayo*"
Las venerandas reliquias.

Que esa tumba misteriosa
Que hay en el panteon de Lima,
Es la tumba de *Castillo*,
Que hoy en los cielos habita.

Del que fué cisne canoro
De la patria de los Incas,
Victima del infortunio
En una senda de espinas.

A. DE LA E. DELGADO.

Lima, 1875.

CRITICA LITERARIA.

Artículo II.

Encida, de Virgilio. (Libros I. y VI.)

Traduccion en octavas por D. Fermín
de la Puente y Apezechea, de la
Academia Española.

Aquí viene el *rari nantes in gurgite vasto*, en la descripción de la nave de Orontes, tan acometida:

24.

“Tres veces la ola misma bramadora
A revolverse en derredor la obliga,
Y en vasto remolino la devora,
Raros nadar se ven con gran fatiga:
Armas, tablas, riquezas atesora
El mar, troyanas, y la nave amiga
Ilioneo y las de Acátés fuerte,
De Abas y Aletes, con la edad inerte.

Son bellísimas por extremo las octavas que describen la aparición de Enéas transfigurado.

123.

“Todo al anuncio del materno anhelo,
Cuanto sabemos, responder parece.”
Hablabá apenas, y en contorno el velo
De súbito se rasga y desvanece.
De pié, á la faz apareció del cielo
Enéas, y en luz clara resplandece;
En el noble y magnánimo semblante
A un Dios, y en la estatura semeiante.

Porque la madre al hijo de su vida
El cabello ciñera en resplandores;
Purpúrea luz de juventud florida
Dió á sus ojos y plácidos fulgores,
Tal añade al marfil mano advertida
Nuevo brillo en riquísimas labores;
O la plata circunda, ó mármol pario,
Con cerco de oro el diestro lapidario.

Estos últimos cuatro versos son preciosísimos, y embellecen la comparación original sin dejar de ser fieles, ni añadir otra cosa que la incomparable elegancia de la forma: aquí está el texto probándolo:

*Quale manus, addunt ebori decus aut ubi flavo
Argentum Pariusve lapis circumdatur auro,*

que vale literalmente: *Como añade la mano
belleza al marfil, ó á la plata, ó el mármol de
Paros el amarillo oro con que se los circunda.*

Sería hacer una nueva edicion apuntar todas las bellezas de los dos cantos. Pero hay en el VI algunas octavas de que estoy particularmente prendado, como las que bosquejan la entrada al Averno y al barquero Caronte:

70.

De horrible palidez, la barba cana
Inculta y luenga le descende al pecho,
Brotan sus huecos ojos llama insana,
Y de sus hombros pende en nudo estrecho
El manto, con que sórdido se ufana;
Él su esquite maneja largo trecho
Con un garfio, y las velas suelta y coge
Y los cuerpos trasporta y los recoge.

Esa no es octava *real*, no conozco reyes que la hagan; es octava maestra.

Maestros son tambien los versos que se refieren á Marcelo, que tanto favor valieron á Virgilio, de parte de Augusto, y que al Sr. Puente y Apezechea valdrán, como dice Boileau, *un nom et des laurieurs*:

199.

¡Cuántos gemidos de ínclitos varones
Resonarán despues por cualquier parte.
Desde el campo inmediato y sus legiones
Hasta la gran ciudad del propio Marte!
¡Cuánta fúnebre pompa y libaciones,
Tíber, presenciárs al deslizarte
Junto al piadoso túmulo que, nuevo,
Los restos contendrá de ese mancebo!

No, no saldrá de la raíz troyana.
Ni de latina gente mozo alguno

Que á tan alta esperanza eleve ufana
La altiva raza á quien persigue Juno.
No la romúlea tierra se engalana,
Cual con este mancebo, con ninguno:
¡Oh piedad! ¡Oh fé antigua no perdida!
¡Oa diestra, en guerra, por jamás vencida!

¡Oh! nunca nadie impune contrastara
Contrario en armas, su impetu en el suelo,
Si á pié las rulas haces asaltara,
O del potro excitara el noble anhelo! . . .
¡Oh pobre niño! . . . Si tu estrella avara
Rompier lograses, tú serás, Marcelo! . . .
Lágrimas dadme, dadme á manos llenas
Cardenos lirios, blancas azucenas!

En cuanto á reparos, me miraría mucho
para dirigir algunos. Nunca podría yo pa-
rar en su camino de triunfos á quien con
tanta seguridad sabe andarle, para hacerle
observaciones; menos aún cuando va de la
mano con Virgilio. Pero si esforzara la vista
para ver algún descuido en tan acabada
obra, como se dirige al Sol poderoso telescó-
pio á buscar puntos opacos en medio de tan-
ta luz; dado que lo hallase á fuerza de tra-
bajo, apropiándome acentos del cielo, diría
con Pope:

To err is humann to forgive divine.

Sobre que la crítica no me es simpática, ni
la quiero por mis puertas, despues de lo
que dice Adison, á saber: que su ejercicio
mata en nosotros el sentimiento de lo bello,
porque no nos deja juzgar una obra sino
por sus relaciones con determinadas leyes
de construccion; pensamiento que (lo apun-
taré de paso) no es mas que una amplifica-
cion del que doscientos años antes habia ex-
presado La Bruyére.

Esquivando, pues, el campo de la crítica,
apenas me atreveria á expr. sar una mera
opinion personal (acaso caprichosa) respec-
to de la traduccion de *Tantene animis cæ-
lestibus iræ?* El traductor la hace en dos
hermosísimos pareados:

¿Cómo tanto rencor, tan duros hechos
Pueden caber en celestiales pechos?

Yo hubiera deseado verla concentrada en
el último solamente, en una línea, como lo
hizo Milton, que se apropió el pensamiento
y lo incorporó en su *Paraíso perdido*:

*In heavenly spirits could such perverseness
dwell?)*

y que si la estructura de la estancia manda-
ba amplificacion, se hubiese hecho esta en
el verso sétimo, y decir, con palabras mis-
mas del traductor:

¡Tanto rencor en celestiales pechos!

Nuestra lengua se presta á la concision
y á la elipsis como la que mas.

En la octava 157,

Dijo, y la mesa roció primera
Del vino aquel, honor de los licores;
Luego, á sus lábios la llevó ligera,
Y á Bicias, porque hiciese los honores,
Dióla espumante: cógela, y entera,
A pechos se la echó con mil amores:
Y en pos de él otros próceres sus copas,
Hasta que bien trenzado, alzóse Yópas.—

Alguien podría objetar la ausencia del
sustantivo *copa*. Pero lo hallo bien sobre
entendido, y no creo que hace falta. En el

original se nota lo mismo; pues sino tácito
enteramente, sí está demasiado léjos el *spu-
mantem pateram*.

Me complazco en pensar cómo va á acre-
centar la merecida fama del Sr. Puente y
Apezechea, este trabajo. Y no será este el
único fruto que produzca, á lo que preveo.
Por la pureza y elegancia del estilo, como
por la concienzuda y fiel interpretacion del
texto, esta traduccion está llamada á allanar
mucho el camino á los estudiantes de
latinidad, por lo que hace á esos dos cantos;
y si mi voz fuera de alguna autoridad en
nuestras repúblicas americanas, yo la reco-
mendaria como un libro de consulta en don-
de pueden hallar los discipulos lo que sus
catedráticos no están en aptitud de enseñar-
les muchas veces. Estos pueden ser muy
buenos latinos, hombres muy contraidos á
la enseñanza y dechados de mil virtudes
(tales eran al menos mis maestros); pero por
lo regular son solo abogados, ó médicos, ó
sacerdotes, que han aprendido la lengua del
Lacio (sí, muy bien) únicamente como re-
quisito indispensable para pasar á cur-
sar áulas científicas, y que no tienen nin-
gun ribete de buenas letras, ni menos inge-
nio para poder interpretar con suficiente
vuelo á un Virgilio, un Ovidio, un Horacio.
Los mismos sabios están en desacuerdo á
veces en cuanto á la genuina significacion
de alguna frase, y aun en la perfecta ver-
sion de escenas enteras. D'galo en el can-
to IV el hermosísimo, apasionado y enér-
gico apóstrofe, que la despechada Dido di-
rige á Enéas, que se prepara á abandonarla.
Todo ese pasaje, desde el verso 365:

*Nec tibi diva parens generis nec Dardanus
auctor, Perfide . . .)*

hasta el 387, lo cual es de lo mas patético é
inspirado que brotara jamás del corazón
y la lira de Virgilio, ha sido prueba y escollo
de traductores. Oigamos entre ellos á De-
lille, que acaso supero en belleza al original.

¡Cómo me encantan esos versos, á pesar
del insoportable martilleo de los hemisti-
quios franceses!

Non! tu n'es point le fils de la mère de
l'Amour;)

Au sang de Dardanus tu ne dois point le jour.
N'imputes point aux Dieux la naissance d'un
traître;)

Non! du sang des héros un monstre n'a pu
naître;)

Non! Le Caucase affreux, t'engendrant en
fureur,)

De ses plus durs rochers fit ton barbare cœur,
Et du tigre inhumain la campagne sauvage,
Cruel! avec son lait t'a fait sucer sa rage!

Veamos ahora los del Sr. Puente y
Apezechea, en nuestra hermosa lengua, tan
musicales y numerosos. Sea lécito darlos á
conocer, tomándolos de su traduccion del
libro 4.º que con el título de Dido, publicó
en Sevilla en 1845, á la cual en efecto se re-
fieren. Dicen así:

“¡No! no es tu madre, pérfido, una diosa;
Ni tus padres de Dárdano manaron:
Del Cáucaso en la entraña cavernosa
Entre sus duros riscos te engendraron;
Las tigres de la Hircania pavorosa
A sus pechos, cruel, te amamantaron.
Ya ¿por qué disimulo? ¿por qué tardo?
¿A qué mayores males ya me guardo?

Por ventura, ¿gimió con mi gemido?
¿Tornó á verme la vista, vacilante?
¿Le ví llorar con lágrimas vencido?
¿Sintió piedad de su infeliz amante?
¿Qué mas he de decir? ¿Y han consentido
Juno así y Jove á la maldad triunfante!
¿Dónde hallaré piedad, dónde consuelo?
Ya no hay fé ni en la tierra, ni en el cielo!

Desnudo te lanzó la mar é inerte
Sobre mis playas: te acojí rendida:
Partí, loca, contigo reino y suerte;
Tu flota reparé rota y perdida:
Yo libérté á los tuyos de la muerte;
Y ¡ay de mí! (que ardo en furias encendida!)
Hoy Apolo . . . el oráculo te guía:
Un mensajero Júpiter te envía.

¡Por cierto! á eso los dioses atendiendo
Están . . . ¿ese cuidado los agita!
Yo no sé lo que has dicho . . . ni te entiendo;
Mas respuesta ninguna necesita.
Vé, marcha á Italia. Por el mar horrendo
Ese tu nuevo reino solicita.
Yo espero (si piedad hay en el cielo),
Que los escollos vengarán mi duelo.

A Dido entónces llamarás turbado;
Yo en negros fuegos seguiréte ausente:
Y cuando el alma deje el cuerpo helado,
Sombra dó quier, te aterroraré presente:
Tu pena entónces sufrirás ¡malvado!
Y hasta en el centro del Averno ardiente
Yo lo oiré, y á mis manes la noticia
La misma Fama llevará propicia.”

Llamámos la atencion de los inteligentes
acerca de la traduccion felicísima del famo-
so Hemistiquio: *nusquam tuta fides*, que tal
desengaño acusa y tanto desconsuelo en-
cierra; y el otro *Nequete teneo, neque dicta
refello*, que tan superiormente se traduce:

Yo no sé lo que has dicho ni te entiendo;
Mas respuesta ninguna necesita.

No creemos poder hacer mejor elogio de
Sr. Puente y Apezechea, como traductor
del Virgilio, que comparar estos versos con
los del original, y ponerlos al lado de los
de Delille, tan conocidos y merecidamente
apreciados.

Concluyo, pues, dando al traductor las
gracias por el envío de su obra y otros tan-
tos parabienes, no solo á él, sino á la lite-
ratura española, por haber conseguido que
hable así nuestra hermosa lengua el gran
épico latino.

La obra del Sr. Puente y Apezechea,
tan provechosa para doctos é indoctos, me-
receria, como la que mas, llevar en su por-
tada, en letras de oro, el exámetro con que
encabezó Henault su *Historia abreviada de
Francia*:

Indocti discant et ament meminisse periti.

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO.

Liverpool, [1874.

UN CUENTO PARA USTED.

(Conclusion.)



Elvira le pareció Antuco menos feo,
y aún cuando hubiera sido como Pi-
cio, lo que ella queria era tener alguien que
le hiciese la corte; tanto mejor si este al-

yó sin sentido en brazos de su papá. ¡La ahogaba el placer!

Desde ese instante Elvira, vive dichosa, alegre y feliz.

RICARDO DÁVALOS Y LISSON.

Enero, 1875.

Del bello libro titulado *ULTIMOS DIAS DE ADOLFO VALDEZ*, tomamos el siguiente soneto, que fué el primero que escribió el desgraciado poeta al pisar las playas de Valparaíso y su última composición poética que vió publicada.

PRESENTIMIENTO.

Buscando vengo la salud perdida
¡Oh Chile hermoso! á tu benigno suelo,
Por ver si el aire de tu limpio cielo
Puede siquiera prolongar mi vida.

¡Nadie quizá de mi dolor se cuida!
Mi madre está tan lejos!... y en mi anhelo,
Ni aun puedo alzar apresurado el vuelo
A darle mi postrera despedida.....

¡Triste es morir cuando la vida empieza,
Sin escuchar al lado la plegaria
Del sér que el labio sin descanso nombra!

Quizá, ¡oh Chile! guardarás mi huesa.
¿No le pondrás al verla solitaria,
Un sauce digno que le preste sombra?

LA PULGA.

ARTÍCULO DE FÓSFORO.

VAYA un tema! Y sin embargo, es un tema como otro cualquiera, sobre el cual se puede escribir un artículo fosforescente. Lo que es el actual es un artículo de apuesta, de cuyo éxito pende un obsequio que me ha prometido hacer una preciosa criatura, con una boquita de clavel, unos ojillos de pulga, en verdad por lo chiquitos, pero de luciérnaga por lo brillantes y picarescos, con unas manitas de piel de armiño, unos piesecitos de regocijo, y... no digo lo demás por temor de dejar la pluma é irme donde ella á gozarme en su mirar.

Pues, ella, me ha ofrecido un regalo si logro escribir un artículo, cuyo tema sea "la pulga," y aunque original es su capricho y dificultoso el atolladero en que el compromiso me ha metido, vamos al caso.

La pulga, señores, es un animalillo colorcito cabritilla, picante, travieso, mozon, impertinente, con cada lanceta diminutiva ó minúscula, pero hiriente como una espina, como la punta de una aguja. Sus dominios son el tálamo y el cuerpo humano: su campo de batalla, ó de acción, la piel; pero donde mejores proezas ejecuta, donde desplega mayor habilidad y picadura es en las pantorrillas, y demás partes musculares: es pues, bajo este aspecto un animal carnívoro, aunque propiamente hablando, es un animal sanguíneo. Sin embargo de que es tan ancho su campo como es la cama, tan múltiples sus puntos de mira como son las partes carnosas del cuerpo, habita en los pliegues, y hace la guerra de montanería, por entre las quebradas y las enrejadas de la camisa, del pantalón de las sábanas, de los fustanes y de las frazadas.

Dicen que la pulga se multiplica con mas

facilidad en las habitaciones vacías: la experiencia confirma este aserto; pero bien cabe una reflexión, y es la de que, en las habitaciones vacías, no hay manos que las agarren, ni dedos que las estrujen, ni uñas que las guillotinen. Por lo demás la pulga, que bajo este aspecto, se divide en pulga salvaje, ó del desierto, y pulga doméstica, se diferencia, por algunas cualidades que á entrambas son características. Aquella es flaca, hambrienta, rabiosa, ágil como el éter; esta es gorda como una mostacilla, taimada y perezosa. Cuando uno penetra á la habitación vacía salta como trahilla sobre su presa de una manera imperceptible, violenta, irremediable, fatal, y cuaja, se reproduce, se posesiona y se adueña como feroces canes, hasta convertir al visitante indiscreto en un *ecce homo*. Esta especie de pulga participa de las cualidades del tigre en la violencia y la ferocidad del ataque y de los acróbatas en su habilidad ascendente; pues, no bien ha tocado la punta del pié, el ruedo de el fustán, ó la boca del pantalón, cuando ¡zas! ya está sobre el cuello, ya ha ido á esconderse y á merodear sobre la nuca, metida en esos matorrales que forman los vellos preliminares de la cabellera y que deben ser para ella, lo que para el hombre los montes seculares, ó las espesas selvas del Amazonas.

Por el contrario, la pulga doméstica es hasta cierto punto cariñosa y remolona: con aire de satisfacción se pasea por toda la superficie del cuerpo; se prende en la punta de la nariz, clava su lancetazo y ¡sús! se manda mudar hasta la mejilla, de allí echa el vuelo hasta el oído, sin que el paciente tenga tiempo para decirle ¿dónde es viaje? Y en estas y otras mozonadas burla burlando se manda mudar, ó cae á veces en las garras.

Una de estas debió ser la picarona que hizo pasar mas crujías que un atormentado de la Inquisición á la encantadora Leonor.

Dormía esta entre olorosos pañales, tranquila como el candor, y soñando dias de rosas y noches de jazmín; dormía, ajena á las emociones tempestuosas del espíritu, y álguien que se hubiera acercado á su lecho con una luz en la mano, para contemplarla, habría creído ver la inocencia en quietud.

Así estaba, en medio la oscuridad de la noche, cuando de repente, recuerda temblorosa y sobresaltada al rigor de un aguijón extraño. ¡Ay! doloroso y tierno y al mismo tiempo delicado como el quejido de la tórtola, exhala su boca casta de todo beso impuro, virgen de toda queja mundanal—"me ha picado"—dice, con voz apagada y débil; y extendiendo sus contorneados brazos sobre su rodilla, juzga aprisionar al importuno. Pero, vano intento, pronto vuelve á exclamar un ¡ay! mas acentuado que el primero, y corre su mano sobre la pulga, que ya no hay duda, es ella, la cual se esconde en un pliegue extendido á lo largo, que, descuidada, había dejado formarse en la sábana, la "ama de casa," recórrelo, llega hasta la almohada, sube sobre ella, y de allí, brinca, como en salto mortal, sobre la frente de Leonor donde incontinenti pone ella las dos manos, pero sin lograr aprisionarla: por entre el enrejado de los dedos se escapa, huye, no se sabe donde, por un décimo de segundo, hasta que se fija de improviso sobre su terso y blanquísimo seno; entónces ella, mas confundida y aterrada, ceja caer sus dedos, movidos ya por el instinto sobre el mismo punto donde la pulga se posara, y allí le dá honesta y dulce sepultura!

¡Cuán fué su sorpresa á la mañana siguiente,

cuando al frente del espejo vióse que encima de sus azules venas había teñido imperceptible línea de carmin!.....

En tal situación bien podría yo exclamar con Lope:

Picó atrevido un átomo viviente
Los blancos pechos de Leonor hermosa
Granate en perlas, arador en rosa,
Breve lunar del invisible diente.
Ella dos puntas de marfil luciente
Con súbita inquietud bañó quejosa,
Y torciendo su vida bulliciosa
En un castigo dos venganzas siente.
Al espirar la pulga dijo: "¡Ay triste
Por tan pequeño mal dolor tan fuerte:
—Oh! pulga, dije yo, dichosa fuiste,
Deten el alma y á Leonor advierte
Que me deje picar donde estuviste
Y trocaré mi vida con tu muerte."

PAULINO FUENTES-CASTRO.

CLARA.

(Continuacion.)

III.

24 de Noviembre!

DENTRO de breves dias tendremos que presentarnos ante los jueces de la ciencia, á dar cuenta del jugo que hemos extraído de esas frutas que se llaman *textos*.

Dias que son el compendio de los recuerdos, de las esperanzas, de las pasiones.

Dias que tienen inefable encanto cuando han pasado; una nebulosidad indescifrable cuando están constituyendo futuro.

¡Se acercan los exámenes! Los placeres de la vida del estudiante se aletargan, y envueltos por las brumas de la duda se miran con temor.

¡24 de Noviembre! El portero y los bedeles elaboran en estos dias su paciencia, para desplegarla con toda su pompa el 1^o de Diciembre, ese verano de nuestra Universidad, que como el verano de los espacios, tiene tambien sus cantos, sus lamentos, sus risas y sollozos, sus flores y sus frutas.

Soy *estudiante*, lo que no implica el ser *estudioso*. Pero es 24 de Noviembre y es necesario, por lo menos, revestirse de la aureola, tinte, que debe caracterizar al que se presenta á examen.

Poco importa la profundidad.

¿Teneis la aureola?

¿Habeis franqueado el abismo.

¿Os sobra verbosidad?

Sois el mejor estudiante, porque sois el mas estudioso.

La elocuencia está en relacion con el caudal de conocimientos atesorados.

El examinador no se tomará en ese momento la molestia de averiguar si la elocuencia, es la verbosidad.

¿Os preguntan donde estaba colocada la arillería en la batalla de Maratón?

Contestad sin inmutaros que en el ala derecha del ejército griego; que se portó

muy bien; que hizo fuego por todos lados.

No importa el anacronismo.

El obstáculo está salvado.

La verbosidad es un puente admirable.

Cada sílaba es un pivote.

Se antoja al examinador averiguaros *¿qué sucede con una avellana que se desprende de la rama que le dió la vida?*

Decidle que con el vertiginoso volar de los siglos se transformará en *Antracita ó Litantrace*, cuyos colores y pesos específicos son tales ó cuales,

¿Os dice que nó?

Repetidle lo mismo que antes, pero hablad mucho, aunque digais muchos disparates, que lo mas que os puede suceder es salir *Reprobado*.

Pero no es lo regular.

¿Os preguntan *qué es el alma?*

Decid señalando al corazón que es una cosa, pero que cosa! una cosa que no se puede definir bien.

Nada temais que lo mas que os puede suceder

Hé aquí con que monólogos me preparaba á dar exámen.

Para evitar toda distraccion de ciudad, habia ido á pasar los dias de *capilla* á San Fernando.

Allí, con los indispensables textos, me veía gradualmente *examinable*.

Todas las mañanas salia á dar un paseo por las barrancas que miran al Norte, las que, cortadas por las aguas que han bajado por ellas serpenteando, ostentan en sus simulacros de quebradas, algunos *talas, tunas y matas de huevo de gallo y camambú*.

Desde su cima distinguía la playa cubierta de sauces, de los que salia de cuando en cuando el triste piar de los *boyeros* y donde suele oírse con placer el melancólico y armonioso trinar de la *calandria*.

Pero todas esas bellezas pasan casi impercibidas para el que está en visperas de exámen.

En esos dias es un placer consolador, en el que, se dedica muy poco la inteligencia al juicio del cuadro.

El 24 de Noviembre experimentaba como nunca el deseo de prolongar mi paseo. Pensaba en lo que sufriría en esos momentos Ricardo, pues muy pronto debían celebrarse las bodas de Clara con el canadiense.

Completamente abstraído veía pasar ante mi alma las imágenes de aquellos dos jóvenes que tuvieron el *Cauca* por Eden y la pureza desinteresada por guardian.

Durante este tiempo vagaba de barranca en barranca, tropezando con las espinas de los talas, sin interrumpir los juegos aéreos de las mariposas que me tocaban al pasar.

Después el paisaje cambió de aspecto.

Habia andado por espacio de dos horas, en direccion del crepúsculo.

Volví. Una fuerza desconocida me llamaba á la ciudad. En vano recapacitaba. ¿Qué necesidad tenia de ir? 24 de Noviembre!

Monté á caballo y dos horas después entraba en casa de Ricardo.

Se paseaba cabizbajo por el jardín.

—¿Has vuelto á tu *metafísica*?—le pregunté sin saludarlo.

—¡Hoy se casa Clara! ¡infeliz!

—¿Y no era el primero?

—Se han apresurado, porque el cana-

dense anda medio triston, y si continúa así, le quedará muy ancho el *frac*.

—Está hipocondriaco?

—Está que sé yo como.

—¿Y tú? ¿cómo estas?

—Sin poderme resolver á olvidarla. . . .

Si vieras como he pasado este tiempo que has estado en San Fernando.

—¿Y qué has hecho?

—Léer las poesías de Cuenca.

—¿Puedes aplicarte algo?

—¡Oh! sí! Hay dos versos admirables.

—¿Cuales?

—*¡Siempre conserva por su Clara encono!*

—*¡Siempre conserva por su Clara amor!*

—¿Y el público? es decir el juez supremo, ¿qué dice?

—¡Ay! compañero! Nosotros pertenecemos al público y participamos de su opinion.

—Hasta luego.

—Sin falta á las once.

—A la inglesa.

IV.

Dos Tipos Opuestos.

Las amigas de Clara anhelaban el casamiento de esta, desde el mismo dia en que las intenciones del canadiense no era solamente tener donde visitar.

Unas, porque deducian que el dia de la boda habria baile y se divertirían mucho; otras, porque eran cristianas y siempre repetían aquello del Salvador:

Desea para los otros lo que desearias para tí.

Otras, que querían tener una amiga acaudalada que las llevase á palco, á paseo y á diversiones de todo género; otras, en fin, por que tenían la curiosidad de saber que era tener una amiga casada.

Esos pobres corazones solo latían á impulsos del figurín.

¡Perdónalos Señor, no saben lo que hacen!

Las verdaderas amigas de Clara que eran muy pocas, no deseaban su enlace con el canadiense, por que eran razonables, y reconocían por lo tanto que, aún cuando el corazón de este Señor, en apariencia, abrigara muy buenos sentimientos, aún cuando tuviera modales muy finos, un trato muy ameno, un tipo de *buen mozo* y una corbata muy bien puesta, no era esto suficiente garantía para las consecuencias ulteriores.

No pretendían por esto rebajar sus meritos, sino solamente precaverse por ser el canadiense una persona sin antecedentes para ellas y para todos.

Resolvieron, pues, no asistir á la boda, pero ¡oh curiosidad, á cuanto expones! no cumplieron su promesa llevadas por un innato instinto de ver el traje y joyas de la novia y el *frac* del canadiense que, por descuido ó romanticismo, se lo habia puesto con los faldones por delante.

Estaba muy ancho. (el *frac*.)

A las once en punto entraba yo con Ricardo al salon de la casa de Clara.

Si no me hubieran deslumbrado los brillantes en los brazos y gargantas de las jóvenes, los rulos de las matronas, los encajes de todas y los guantes blancos, habria creído penetrar en una de esas glorietas de los bosques vírgenes, que la naturaleza forma en los trópicos con graciosos festones y guirnaldas de lianas, entrelazadas con flores del aire donde anida el Colibrí y donde cantan el Tordo y el Sabia.

Flores en las cornizas, en las cenefas, en las rinconeras; y al lado de las puertas y ventanas flores también.

En estas, ramos espléndidos que el canadiense habia hecho armar para esa noche; en aquellas guirnaldas elegantes que una hábil mania habia entrelazado, parodiando graciosamente las lianas tropicales.

Los diamantes rutilando entre aquella naturaleza pasajera semejaban gotas de rocío que las guirnaldas desprendían de sus lazos al contacto del hálito voluptuoso que les habia formado atmosfera.

¡Ah! allí hasta el rocío era de piedra aquella noche!

—¡Clara! ¡Clara! no insultes la opinion!

—¡Siempre conserva por su Clara encono! Siempre conserva por su Clara amor!—murmuró mi amigo.

—¿Qué tienes Ricardo?

—Es que no tengo *nada*.

—¡Pero el canadiense tiene *mucho*!

—Con su pan se lo coma.

—¡Consuélate hombre! Mejor es que la hayas conocido ahora y no después.

La mirada de Ricardo era vaga.

—Estoy turbado, me dijo—La vista se me nubla.

—Vamos al patio.

—Nó, vamos al comedor.

Tomó un vaso y dentro de él mezcló siete copas de diferentes líquidos, y alcohólicos, y se los bebió.

Destilados en su interior, los vapores subieron gradualmente.

Yo le habia visto preparar escrupulosamente, el medicamento pero no me resolví á creer que fuera para él.

—Has hecho mal—le dije—pues para dar desenlace á este drama, debias estar sereno.

Ricardo alzó la mitad derecha del labio superior, guiñando simultaneamente el ojo del mismo lado y echando la cabeza hácia adelante.

El licor habia hecho su efecto.

Trató de estar lo mas sereno posible, y se dirigió al salon.

E. L. HOLBERG.

(Continuará.)



LA Caridad, preciosa virtud que ennoblece el espíritu humano mas que todos los títulos de la nobleza de los monarcas, ha ofrecido un espectáculo verdaderamente grandioso, el Lunes 8 de los corrientes. Tenia lugar la fiesta de San Juan de Dios, en el templo de San Sebastian, con la mayor pompa posible; y congregadas allí muchas señoritas de lo mas respetable y culto de nuestra sociedad, solemnizaban la fiesta con el espectáculo mas tierno y conmovedor que puede tener lugar en la vida.

Concluidos los oficios sagrados de la fiesta, el panegírico y demas ceremonias de costumbre, abrióse la puerta lateral de una de las naves del templo, que conduce á un costado del atrio, lugar en que se habia preparado un espléndido banquete con que la caridad de algunas familias notables quiso obsequiar á los po-

bres, en conmemoracion de los humildes y caritativos servicios, que aquel santo por excelencia prestó durante su vida á la humanidad doliente.

Sentados á la mesa un número considerable de pobres del sexo masculino, mutilados y ciegos los mas, se dió principio al banquete, sirviéndoles viandas, manjares y postres de diferentes clases, en abundancia y con el mayor aseo. Cubierta nuevamente de proviciones la mesa, fué ocupada por mujeres pobres, y despues por niños desde cinco ó seis años hasta catorce, los mismos que con la alegría de la juventud que sabe disimular las amarguras del sufrimiento, ofrecian un cuadro que no hallo palabras con que describir, y que solo visto al natural puede apreciarse con su verdadero colorido.

Las proviciones del banquete eran magníficas y succulentas, los convidados eran pobres, enfermos y desvalidos, el servicio pronto y esmerado, y los sirvientes ¿quiénes eran?... Ah! los sirvientes eran muchas señoras y señoritas, que con la servilleta al brazo alcanzaban los platos á los pobres, y les prodigaban cariñosamente toda clase de atenciones, á semejanza de un coro de ángeles en el banquete divino!

Palabras de amor, de caridad y de ternura; bendiciones, votos de agradecimiento y lágrimas de alegría, inspiradas por la mas noble de las virtudes, fueron las armonias celestiales que resonaron allí, como elocuentes canciones del alma que vive en Dios y que cumple con los deberes que su ley santa impone á la humanidad entera.

¡La Caridad es la llave que nos abre las puertas del cielo!

¡Bienaventurados los misericordiosos, porque de ellos será el reino de los cielos!

“La América Ilustrada” nos ofrece un nuevo y precioso anagrama, en latin, del nombre de *Simon Bolívar*, que ha sido objeto de tantas curiosas conbinaciones, desde que, traspasando los limites de la tierra, fué mirado como el de un génio que vivirá eternamente en el templo de la gloria.

El nuevo anagrama dice así: *Omnis Libravo*, que en español quiere decir: A todos libertaré.

Parece que esta nueva frase misteriosamente encerrada en el nombre de tan ilustre personaje, dejara ver, desde luego, la mas solemne profecía de sus singulares virtudes: Simon Bolívar fué, en efecto, el libertador de medio continente americano.

Ahora bien: á propósito de este felisísimo anagrama, he consagrado gustosa algunas horas á buscar los que pueden hallarse en el nombre de *Manuel Pardo*, nuestro actual mandatario, y entre los muchos que he logrado encontrar, es digno de llamar la atencion el que dice: *Mando al Perú*, que parece un pronóstico semejante al que anteriormente he indicado.

Hay coincidencias que sin saber como, explican claramente la analogía que existe entre ciertos personajes de la historia de los pueblos.

Respondo de que los treinta y dos anagramas que he encontrado en el nombre de *Manuel Pardo*, tales como *Para el mundo*, *Era plan mudo*, *El arpa mundo*, *Del mano pura*, y *El Pardo Numa*, son todos altamente significativos, para un hombre de las dotes de nuestro actual mandatario.

Cárlos era un exelente joven, que tendria unos quince años.

Elvira una bellissima muchacha que frisaba en los catorce.

Él era...yo no se lo que seria; pero dicen que hacia versos.

Ella conversaba tambien con las musas (*cuando no cenaba camotes.*)

Lo cierto es que Cárlos y Elvira se conocieron un dia, aunque la tradicion no dice el lugar, como, ni á que hora.

Se conocieron, pues, y se amaron ¡Qué habia de suceder!...¿acaso conocerse es poco?

Se amaron, y despues, se siguieron amando, por que se casaron y se velaron, por no tener mas que hacer.

Asi es que se conocieron, se amaron y se casaron.

Ademas, hicieron versos, escribieron novelas y melodramas, fueron felices, engordaron y se murieron.

¿Puede haber existido una pareja mas dichosa?

¡Imposible! Ni mandada hacer en un molde de alfeñique.

Por eso han escrito y escriben su vida, todos los dias, tantas plumas que corren solas. ¡Hasta la mia!

Conozco una vieja mas fea que una noche de truenos, al pié de la cordillera; sucia, como un mantel de cocina despues de una noche buena; que lleva siempre las medias en el tovillo y los zapatos destalonados, pero que vende una exelente pomada para rejuvenecer y hermohear el cutis del rostro de las señoras, ¿Han visto U. U. un sarcasmo semejante? Solo se le parece aquello de que los vendedores de suertes, son los hombres mas pelados y fatales del universo.

Pero volviendo á la pomada que, como por encanto, embellece y quita por decenas los años, diré que su nombre es *Mirame linda*, y que la vende por las calles la señora que ya conocen mis lectoras. Hay quien afirma con propia experiencia, que los efectos del consabido unguento son verdaderamente maravillosos: nada menos que han tornado joven de quince años á una señora de setenta. ¡Vean U. U. si no es ganga!

Pues *Mirame linda*, á todo trance y nos vamos á regenerar en cuatro dias. Yo espero quedar recién nacida, en cuanto me embadurne con ese prodijioso unguento.

¡Los perros y monos sábios!...¿Han visto U. U. semejante lisura? ¡Si es para matarlo al Señor Platón! ¿Qué querra decir con eso de perros y monos sábios?...¿Llamará, por ventura, perros y monos á los sábios ó creará que pueden ser sábios los monos y hasta los perros... De cualquier modo que sea, condono yo al empresario á que me regale un perro y un mono sábios, en castigo de la profanacion hecha por él contra Minerva.

Si, señor; que me los traigan, pues buenas noticias tengo de que esos animalitos son unas personas decentes, que saben hacer maravillas. La persona que no vaya á verlos trabajar en el Odeon, tendrá ella sola la culpa; pues por mi parte, le deseo al empresario la casa llena, que harto trabajo tiene en habérselas con perros y monos aunque sean sábios.

Dice un periódico yankee, que una mujer natural de la Luisiana, fué nueve veces casada, que murió de parto á la edad de setenta años, y que dejó ciento nueve descendientes, entre hijos y muchos nietos. Pero esto no es lo mejor, sino que habia quien esperaba que enviudase de su noveno marido, para casarse con ella.

Y no era la señora un portento de hermosura; pero la hacian simpática y codiciable,

algunas águilas de oro que tenia aseguradas en un Banco.

¿Créen U. U. la historia? Por mi parte, lo que U. U. digan.

Terminaré recomendando á las señoritas de buen gusto, las confecciones de Paris que ha recibido la Señora Dupont, en su establecimiento de modas, Calle de Baquíjano, “Estrella del Norte.”

Para otros apuntes sobre artículos de verdadero gusto, consulten el precioso “*Album de la Elegancia*”, que se vende por cuarenta centavos, en todas las librerías de Lima; y hasta la vista, señoritas!

ADRIANA BUENDIA.

CHARADA. (*)

Nombra letra mi primera
Que aunque extranjera es sabida,
La que junto á mi tercera
Dá una mansion conocida.

Haciendo una union igual,
Con la tercia y la primera;
Verbo obtengo y un costal,
Mas largo que otro cualquiera.

Mi segunda, es un pronombre
Y algo dá con la tercera,
Que á la semana todo hombre
Ir debe una vez siquiera.

Y diré por conclusion
Que algo que se encuentra en mí
Y que tambien se hallen en tí
Viene á ser la solucion.

A. A. A.

* El autor de esta charada ofrece una pilita medallón un premio para que sea sorteado entre los cuatro primeros suscritores que manden la solucion.

Solucion á la charada del núm. 19.

Si mandada de cierto modo
Dices tú que mi todo
Entra y se vuelve á salir,
Estoy muy pronta á decir
Por que me da la gana
Que el todo es *Ipecacuana*.

A. M. R.

Solucion á la charada del n.º 20.

Las tres letras que consigna
Afirmo de todas veras
Han de ser las tres primeras,
Que el alfabeto designa.

Y asi mismo que al que da
Generoso se le llama,
Y que es con seguridad
Dario el rey de gran fama.

Por fin puedo asegurar
Que es por demas necesario
Para el todo decifrar:
Saber el *abecedario*

A A A.

Las letras en el silabario
Colocadas de cierto modo
Nombre toman de este todo
Que se llama *abecedario*.

SANTIAGO GARIBOTTO.